CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

APRENDER A AMAR (SANACIÓN DE 8 HERIDAS)

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=8EuURdzCc-Q

Aprender a amar: este es el fin de la *Consagración al Corazón de Jesús*; es algo sustancial y esencial.

San Juan Pablo II, al inicio de su pontificado, dijo que **la enfermedad del hombre de hoy es una enfermedad de corazón**; el corazón de piedra que no sabe amar. El mal es de corazón —es una frase suya—. Por lo tanto, la terapia tiene que estar al mismo nivel; tiene que ser desde un corazón. Si el mal es de corazón, la terapia tiene que estar al nivel de la enfermedad; tiene que incidir desde un corazón que sane un corazón enfermo, un corazón que no sabe amar.

Voy a describir en **ocho puntos la herida del no saber amar**; ocho características para intentar iluminar cómo el corazón de Cristo nos enseña amar en esas ocho heridas o en esas ocho manifestaciones de esa herida de un corazón enfermo. Este es el esquema que voy a seguir en esta charla:

En primer lugar, tenemos una profunda herida porque comenzamos por no querernos a nosotros mismos. No nos queremos a nosotros mismos; tenemos un problema de **falta de autoestima**. La psicología no hace más que hablar de ello: en las librerías de los aeropuertos los libros de autoestima, de autoayuda, están por todas las esquinas y en esos libros de autoayuda un tema muy recurrente es la autoestima. No sabemos querernos.

Hay una paradoja: por una parte, somos presuntuosos cuando estamos en público delante de los demás y luego, nos quedamos a solas y nos despreciamos. Pasamos de la presunción a la desesperación, de la jactancia —una especie de soberbia profesada en público— a un autodesprecio confesado en privado. Esto se da con mucha frecuencia; hay una falta de autoestima. Tenemos muchísimos indicios de esa falta de autoestima: el hecho de que hayan aumentado exponencialmente cosas que en otro tiempo no eran pensables, como por ejemplo las autolesiones. El hecho de que nos autolesionemos, de que no nos gustemos a nosotros mismos: uno tiene una sensación de que no está bien hecho… no me gusto a mí mismo; parece que se han equivocado conmigo; Dios me tenía que haber hecho de otra manera; y estoy viendo a mi alrededor, miro a los demás y no me acepto, no me quiero; eso es un drama gravísimo, porque eso lo distorsiona todo.

Yo he contado muchas veces que en las visitas pastorales que hago a los colegios, muchos padres, cuando me encuentro con ellos, tienen una pregunta: Cómo enseñar a

nuestros hijos a quererse a sí mismos… ¡Madre mía, menuda pregunta! Esa pregunta ha nacido de que son conscientes de que hay una crisis. Entonces es claro que la psicología tiene un problema con las técnicas psicológicas que hace para la autoestima. Con todos mis respetos hacia la psicología, como no haya una realidad que sustente la autoestima, por muchos esfuerzos que haga la psicología, no hay una razón verdadera para fundar la autoestima.

¿Y cuál es la razón que funda la autoestima? Que nosotros hemos venido a este mundo porque somos queridos por Dios. Yo he sido amado y querido por Dios. Yo no soy un hijo no deseado —porque hay muchas heridas por ahí, de quien descubre que ha sido un hijo no deseado—. Yo soy un hijo querido por Dios. Desde toda la eternidad Él me amó, pensó en mí. Eso es lo que funda mi autoestima: soy amado, luego existo. Sin ese dato fundante es muy difícil que el hombre funde bien, entienda su autoestima.

Entonces el Corazón de Jesús da respuesta a esa herida. El Corazón de Jesús te dice: Yo te amo; te amo desde toda la eternidad; he pensado en ti; pensé en ti para tener contigo una relación personal de amor. Y, además, te voy a decir una cosa: por muchas cosas que hayan pasado en tu vida, yo te quiero como eres; no necesitas ser como otro para que yo empiece a quererte. Tú no te gustas a ti mismo… te gustaría ser algo más; te gustaría tener más facilidad de palabra; te gustaría ser más guapa, más guapo; te gustaría jugar mejor al fútbol, destacar en cosas. Yo te quiero como eres; estoy profundamente enamorado de ti; en tu fragilidad yo te amo, yo te quiero —Dios nos lo dice—.

Y al mismo tiempo que Dios te dice: Yo te quiero como eres… Precisamente porque me quiere, me pide la santidad, porque Dios te quiere como eres y te sueña santo. Porque cuando a alguien se le quiere, se le desea lo mejor, se le pide lo mejor. Un buen padre, una buena madre, si tienen un hijo con todos los problemas del mundo, le quieren como es; pero obviamente porque le quieren, le piden, le exigen, le ruegan la santidad. Dios te quiere como eres y te sueña santo.

Entonces, la primera respuesta que nos da el Corazón de Jesús para enseñar, para aprender amar, es: Acoge el amor de Dios; mira que Dios te ama; acógelo y déjate de complejos; déjate de compararte con nadie; acoge el amor de Dios.

La segunda herida que también es patente en nuestro tiempo, sobre la cual especialmente el Papa Francisco solía incidir mucho, es la herida de la **insensibilidad**. Vamos generando una cultura en la que cada uno va a lo suyo y, para no sufrir genera un caparazón en el que se mete dentro y procura ser insensible a lo que pase en la vida de los demás. Porque, si te implicas en la vida de los demás, sufres. Entonces hay gente que por no sufrir, renuncia amar. Así, si no amo no sufro… Y entonces hay gente que dice: No te metas en nada y tira para adelante tú y procura pensar en tu bienestar… y te acabas convirtiendo en un insensible. Igual resulta que vives en una casa y al otro lado del tabique hay un problemón y tú haces como si no lo vieses o como que no lo quieres ver, y hay gente sufriendo y tú te encierras en un caparazón de insensibilidad.

¿Podemos ser felices mientras que en el mundo haya tanto sufrimiento y yo me cierro a ello? ¿Yo puedo ser feliz mientras que los demás no lo sean? Eso no es posible: yo no

puedo ser feliz ignorando el sufrimiento de los demás; no puedo serlo. Es una felicidad absurda. Dios nos ha creado en una gran familia; conformamos una gran familia. ¿Yo voy a ser feliz ignorando lo que está ocurriendo en el mundo? Me dan datos estadísticos de cosas que pasan y yo… ¿sigo lo mío como si eso no ocurriese?... Eso no puede ser; esa insensibilidad, ese haberse metido en un caparazón para no sufrir con lo que pasa en el mundo, manifiesta un corazón enfermo.

Y a veces, existe una sensibilidad falsa, porque hoy en día existe una sensibilidad de *hashtag*, de redes sociales; de que hacemos una campaña y decimos: Me solidarizo con las focas de la Antártida… Y, entonces, a veces tenemos una sensibilidad teórica, ideológica; pero luego tengo a mi abuelo abandonado que no le hago ni caso. Y cuando hay que pasear el perro, que lo pasee el otro y yo a lo mío. Eso de la sensibilidad de redes sociales, de que yo me solidarizo con el burro ibérico… eso es una broma de solidaridad.

En realidad, la sensibilidad consiste en ser consciente de lo que pasa a lo mío; que tengo un padre que está sufriendo en el trabajo, y yo me preocupo por lo que le pasa a mi padre. O veo que los abuelos están solos y yo me meto en su vida y en sus preocupaciones… La sensibilidad comienza por tu casa, como decía Madre Teresa de Calcuta: Si quieres cambiar el mundo, vete a casa y empieza por ahí. Todo lo demás es algo muy abstracto. Entonces, qué importante es que nosotros sanemos la insensibilidad del corazón y respondamos a la pregunta de: ¿Me duele el sufrimiento de los demás? ¿Soy sensible al sufrimiento de los demás?... Yo no puedo ser feliz ignorando el sufrimiento de los demás. Me preocupa y me ocupa; porque si me preocupa y no me ocupa… ¿qué preocupación es esa? Me preocupa y me ocupa: yo estoy dispuesto a dar mi tiempo a aliviar el sufrimiento de los demás.

El Corazón de Jesús nos enseña a amar en el olvido de nosotros mismos, en la preocupación por los demás. Hay un diálogo del Corazón de Jesús con Santa Margarita María: Tú ocúpate de mis cosas, que yo me ocuparé de las tuyas. Tú ocúpate de las cosas del otro y Dios ya se ocupará de las tuyas: eso es un principio básico de sanación de la incapacidad de amar. Esa sensibilidad hacia el sufrimiento de los demás, te sana de muchas cosas. Por lo tanto, el Corazón de Jesús ama, nos enseña amar en el olvido de uno mismo y a descubrir a los sufrientes; a practicar las obras de misericordia: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, visitar al que vive solo, tener la sensibilidad hacia el mundo.

La tercera herida —la tercera manifestación del no saber amar— podía ser el emblema de la característica de nuestra cultura. Todos los puntos que voy a mencionar están ligados, pero la tercera herida es como una definición de la crisis cultural: **el narcisismo**. El narcisismo es como una manifestación clave de que uno —en esa crisis de no saber amar— intenta compensar el no saber amar con el mendigar afectividad, llamar la atención, pretender que todo gire en torno a nosotros: yo, yo, yo, yo, yo.

Yo cuando era un chavalito como vosotros, en aquellos tiempos —ahora ya ha desaparecido—existía un juego que se llamaba el Yoyó. Era una peonza que se tiraba para abajo y volvía para arriba; se tiraba y volvía para arriba… y no sabéis cuántas horas metíamos al Yoyó. Como no teníamos móviles —la verdad es que no teníamos videojuegos— entonces le pegábamos al Yoyó. Ese Yoyó es como una especie de paradigma del narcisismo; ese intentar compensar mi no saber amar. Pues una de dos:

o me gusta que la gente me adule o que me compadezca. Una de las dos, —porque también os advierto que lo de que me compadezcan es una fórmula bastante recurrente—. A veces me gusta que me adulen como si yo fuese la princesa, como si fuese el niño del bautizo y la novia de la boda. Pero otras veces me gusta que me compadezcan como si yo fuese el muerto del entierro… que todo el mundo diga: Ay, pobrecito de ti, todo te toca a ti…El caso es mendigar atención, mendigar afectividad y eso es indicativo de una herida que es la herida narcisista; la continua queja, la preocupación insana de la propia imagen, que está uno super preocupado con su propia imagen.

Recuerdo haber escuchado el testimonio de una chica que había hecho Efetá y, para ella, ese encuentro con Cristo había sido liberador porque nos contaba en su testimonio el lío que se había hecho la pobre con las fotos de Instagram: me saco fotos y no me gusto a mí misma; entonces las retoco con el Photoshop… voy retocando las fotos y a ver si con la nariz hago un milagro, porque la nariz no me gusta y venga a sacarme fotos… Y contaba ella, que luego tenía un problema, porque, como se había estado retocando las fotos en Instagram, si me encuentro con las personas…a ver si van a notar que las fotos del Instagram estaban retocadas. Y el sufrimiento que suponía para ella y la liberación que experimentó cuando se encontró con Cristo: se dio cuenta que Dios le quiere como es, que a Dios le importa un rábano su nariz… más aún, que al Señor le toca las narices, que le preocupe tanto su nariz. Y entonces sintió una liberación al decir: Pero fíjate qué lío me estoy montando yo conmigo misma, con esa burbuja narcisista. El amor de Cristo es liberador: descubrir que Dios nos ha creado para un proyecto de amor y que no tenemos que mendigar afectividad, sino que tenemos que descubrir la vocación al amor para la que Dios nos ha creado; que hay una diferencia grandísima entre mendigar afectividad y amar. Pero tendemos a confundir las dos cosas; hay gente que confunde amar, la vocación al amor, con mendigar afectividad… ¡No es verdad!

Entonces, ¿cómo nos sana Jesucristo de esa herida del narcisismo? Con un amor de ágape. Amor de ágape, que es el amor de entrega y de olvido de uno mismo. Cristo ama a fondo perdido en el olvido de sí mismo. Hemos conocido personas felices, entregadas a los demás y perfectamente olvidadas de sí mismas… las hemos conocido. Mirad a vuestro alrededor: las hay y son felices; es más, yo creo que solo son felices ellas.

Una herida más (la cuarta), la incapacidad de perdonar: **el rencor**. Es una herida tremenda, que nos impide amar, que está ahí como oradándote la cabeza. El rencor es una especie de *bullying* que te haces tú a ti mismo; un *bullying* que te está destruyendo por lo que te hicieron antes. Oye: lo que te hicieron ya te lo han hecho. Ahora el rencor es un *bullying*: si lo que te hicieron ya te lo han hecho, si eso ya ha acontecido; ahora que tú le sigas, dale que te pego, dándole a ese rencor, tú le estás permitiendo al demonio que te haga *bullying*. Y entonces puede llegar a ser distorsionador de la vida: mientras que tenemos rencores, eso distorsiona tu percepción de la realidad. Tiendes a dividir a la gente en filias y fobias: los que me caen bien y los que me caen mal. A los que me caen bien se lo consiento todo; a los que me caen mal no les paso ni una. Entonces, mi relación con la realidad está distorsionada por mis rencores. Es un odio que anida en tu corazón que termina siendo obsesivo, que corrompe el corazón humano. Es una incapacidad para amar, el rencor.

Entonces viene el Señor, viene el Corazón de Jesús y te dice: Ama y ama a tus enemigos. Y perdona 70 veces siete como Dios te ha perdonado a ti. Nos vamos a consagrar al Corazón de Jesús: amnistía. Me explico, voy a declarar una amnistía interior en el sentido de que se han acabado todas las historias que estoy arrastrando y que me impiden amar; voy a declarar una gran perdonanza.

Cuando el pueblo de Israel celebraba un jubileo, solía ser un jubileo de "borrón y cuenta nueva, volvemos a empezar". Incluso, fijaos, el jubileo era tan fuerte —era cada 50 años— que el que se había empobrecido y había perdido terrenos, a los 50 años volvían al propietario: borrón y cuenta nueva. Fíjate tú si se tomaban en serio el jubileo de borrón y cuenta nueva. Entonces, esto es lo cierto, ante Dios el amor del Corazón de Cristo me permite volver amar como si nunca me hubiesen herido. Ojo a esto: amar como si nunca me hubiesen herido. Eso ¿es posible? Sí, eso es posible porque Jesús me enseña amar a los enemigos hasta el punto de que dejen de ser enemigos; porque cuando se ama al enemigo, deja de ser enemigo. Amar a fondo perdido, amar como si nunca me hubiesen herido: esa es la escuela del Corazón de Cristo; así nos amó Jesús, que, siendo pecadores, Él no esperó a que dejásemos de ser pecadores para amarnos; porque esto es muy importante, voy a repetir esta frase; la dice San Pablo: Estando nosotros en nuestros pecados, Jesús te ha amado. No ha esperado decir, "si dejas de ser pecador, te empezaré amar"… No. Estando en tus pecados, te ha amado. ¿Cuánto más te va a amar ahora que quieres ser santo?... Esta es una clave importantísima. Jesús me enseña amar porque "yo me he enemistado con él por el pecado y Él me ha amado". ¿No voy a amar yo a alguien que me ha hecho (lo que me haya hecho), si yo le he hecho a Dios una barbaridad y Él me ha perdonado?

Quinta herida, la herida de **la impureza**. La impureza nos está haciendo un daño tremendo por esta cultura tan sexualizada en la que vivimos. Dios nos creó para la comunión en el amor. Dios creó la sexualidad para que, a través de ella se exprese la comunión en el amor, la entrega plena del hombre y de la mujer. Y ahora, ha venido la distorsión del pecado y ha hecho de la sexualidad una especie de suplencia, un tubo de escape de búsqueda de placer, que no tiene nada que ver con la vocación para la que Dios la creó. Es una especie de posesión placentera: ya que no soy feliz, voy a buscar una compensación de placer, un tubo de escape. Y entonces, eso ha distorsionado la vocación al amor tremendamente. La llegada de la pornografía es un campo de minas que nos taladra interiormente, nos llena de impureza, nos dificulta tremendamente el vernos unos a otros como un sacramento de Dios para el amor.

Entonces Jesús nos pide que libremos esta batalla por la pureza, por la castidad, porque si no se libra esa batalla no sabemos amar. Jesús dice: Del interior del corazón brota la impureza. Luego, le pedimos al Corazón de Jesús en esta consagración: dame un corazón puro; necesito purificarme de mi tendencia impura de que, más que ver personas, vea cuerpos. Yo estoy llamado a ver personas, no a ver cuerpos: hay una diferencia tan grande en eso… La tendencia a la impureza no ve personas. Yo estoy convencido de que una de las razones del aumento de la violencia machista y de todos estos crímenes que se cometen —una de las razones, no digo que sea la única, pero estoy convencido que una de las razones es esta— es que estamos sembrando una visión de la sexualidad de usar y tirar; si la sexualidad es usar y tirar, de ahí a que las personas cuando no me sirven, no me satisfacen, yo llegue a cometer violencia contra ellas. El salto no es tan grande; hay una lógica en la sexualidad despersonalizada y la violencia. Hay una lógica que está muy entrelazada… Lucharemos mucho contra la

violencia machista, pero es que no estamos poniendo las bases: es como si estuviésemos tejiendo y destejiendo. Estoy tejiendo el respeto a la mujer, pero luego lo estoy destejiendo con la pornografía y el erotismo. A ver… o soplamos o sorbemos, pero soplar y sorber, tejer y destejer, no puede ser.

Por lo tanto, Jesús nos da el don de la pureza. Hemos nacido para amar. La sexualidad es santa, tiene que ser vivida en pureza. El matrimonio es el lugar en el que se expresa la donación plena. No serán dos, sino una sola carne. Es la entrega de santidad abierta a la transmisión de la vida. Dios creó las cosas en el contexto en que las creó y luego hemos ido nosotros y las hemos desfigurado. Entonces, hay que decirle al Corazón de Jesús: Enséñame a amar; y yo voy a rezar por la persona que Dios haya pensado que sea mi marido el día de mañana. Yo igual no conozco a mi marido, pero Dios sí lo conoce: yo voy a rezar por él o por la que sea mi esposa. Yo me dirijo a vosotros los jóvenes y os digo: practicad esto. Voy a rezarle a Jesús por el que sea mi marido, que no sé quién es, pero Él lo sabe; para que lo guarde en santidad, para que un día formemos...
Hay que pensar así, señores; de lo contrario, vamos de cráneo. Y me voy a guardar para la persona que Dios haya pensado para mí. Y esto no es ser ningún mojigato, ¿sabes? Es descubrir el plan de Dios en nuestra vida. Nos consagramos al Corazón de Jesús para aprender amar.

Sexta herida, la herida de **la desconfianza**. Han pasado tantas cosas en nuestras vidas que se ha ido generando un síndrome desconfianza. Nadie se fía de nadie porque nos hemos fallado tanto unos a otros: en las familias nos hemos fallado, ha habido heridas familiares, muchas amistades traicionadas, relaciones afectivas traicionadas…uno no se fía de nadie. El otro día vi en redes sociales una publicidad de una página web —que ahora mismo no soy capaz de repetirla— diciendo: ¿Quieres investigar a tu novio? No hace falta que le cojas el móvil cuando esté distraído; te voy a decir en qué página web tienes que teclear su teléfono y entonces te va a salir todo el tipo de contactos y todo lo que ha tenido… Yo decía: ¡Madre mía de mi alma! Me quedé alucinado; ni sabía que existía ese recurso en el que uno va a no sé qué sitio y allí… ¿Yo voy a tener un amor con una persona a la que necesito investigar? Es que las cosas las hemos hecho mal desde el principio; hemos generado un ambiente en el que no existe confianza entre nosotros.

Hemos erosionado la confianza porque, por una parte, cometimos el error de confiar plenamente unos en otros; dice la Sagrada Escritura: Maldito quien confía en el hombre. Fíjate, la Sagrada Escritura te dice que la plena confianza solo se puede poner en Dios. Dios es el amigo que nunca falla. Entonces, ¿ser cristiano es ser un desconfiado de los demás? No, San Agustín dice una frase que es muy elocuente: Una cosa es el amor al hombre y otra cosa es la esperanza en el hombre. Hay una gran diferencia entre las dos cosas: el amor al hombre o la esperanza en el hombre. Y hay una diferencia tan grande que Dios manda lo primero y prohíbe lo segundo. Dios manda amar al hombre, no poner su esperanza en el hombre. Nuestra esperanza está en Dios, no está en el hombre.

Por lo tanto, nosotros sabemos que las personas pueden fallar porque son pecadoras como yo soy pecador; yo fallo, los demás fallan. No me quedo hecho polvo por ver que las personas tienen sus incoherencias; las tengo yo, ¿no las van a tener los demás? Yo espero en Dios. Y espero que Dios poco a poco nos irá santificando. Yo a los demás,

por el hecho de que me hayan fallado en algo, les doy más oportunidades. ¿No les voy a dar más oportunidades si Dios me las da a mí? Porque alguien haya fallado, ¿yo voy a pasar a ser un desconfiado con todo el mundo? Dios nos da más oportunidades. Yo me fío plenamente de Dios y sé que Dios tiene paciencia con esta persona; ¿no la voy a tener yo? Dios le da nuevas oportunidades a él. ¿Yo no le voy a dar más oportunidades? Este principio de confiar, esperar en Dios y desde la esperanza en Dios, aprender a tener confianza en los demás, me parece que es "no ser un ciego", porque sé que los demás fallan como yo fallo. Mi esperanza está en Dios, pero Dios me enseña a tener paciencia y a confiar.

Séptima herida, que he denominado **la herida del náufrago**. El náufrago es aquel que, como no ha descubierto el proyecto del amor de Dios, se siente que no sabe en esta vida qué es lo que pinta: no sabe cuál será su futuro. O sea, no se ha puesto a pensar nunca que Dios tiene para él una **vocación**. Entonces, no ha descubierto la vocación. Él piensa que tiene que, sencillamente, ser un superviviente. A ver cómo me busco la vida… Fíjate en esa palabra: hay que buscarse la vida, ser un superviviente; buscar mi lugar de confort y punto… No, no. Tú no tienes que buscarte la vida; tú no tienes que buscar tu lugar de confort: tú tienes que descubrir cuál es la vocación que Dios ha pensado para ti. Tú no eres un náufrago: formas parte de un proyecto de amor de Dios que tienes que descubrir. Dios ha pensado para ti un lugar en la construcción de un mundo nuevo. Tú formarás parte de esa de esa construcción del Reino de Dios. Sí, Dios te ha dado una vocación y te tienes que pelear tu vocación. Sí, es sagrado que cada uno le pregunte a Dios, "¿Qué quieres de mí? ¿Qué has pensado para mí?" Y que se pelee la vocación según la va descubriendo.

Y os voy a decir una cosa, la vocación suele ser probada, suele haber tentaciones en la vocación. Aquí, seguro que habrá muchos matrimonios que puedan decir cómo su matrimonio ha sido probado y han tenido crisis y se han peleado con esas crisis para superarlas. Y los sacerdotes también hemos tenido crisis y nos hemos peleado con nuestras crisis para seguir adelante. Y un seminarista también tiene sus crisis y se pelea; y una novicia y unos novios... Cada uno tiene que pelearse con las crisis porque luchar por la vocación es una lucha sagrada: Dios te ha dado una vocación. La gran pregunta es, ¿qué quiere Dios de mí? Tendré que luchar por descubrirlo y por custodiar y acompañar esa vocación; no tirar por la ventana a la primera dificultad que tenga, que es lo que ocurre hoy en día. Tengo una dificultad... ¡Hala! Por la ventana el matrimonio. ¡Hala! La vocación la tiro. La vocación de Dios es sagrada; yo no soy un náufrago; Dios tiene un designio para mí.

Entonces, consagrarse al Corazón de Jesús es integrarse en ese gran proyecto que Él tiene de cambiar el mundo. Yo tengo que entrar en ese proyecto para cambiar el mundo. No buscarme yo la vida… ¿cómo me voy a buscar yo la vida? Ponerme al servicio del Señor en su plan de hacer un mundo nuevo.

El último punto (octavo) al que quiero también hacer referencia; otra herida importante que hoy en día también está configurando nuestro momento presente, son **las heridas ideológicas**, las nuevas ideologías que van surgiendo. Sin ir más lejos, ayer en muchos lugares del mundo se desarrolló el día del orgullo gay y unas manifestaciones; entonces ahora uno ve todo eso y dice: es esa pretensión de presentar delante del mundo una nueva ideología que se llama ideología de género, la teoría *gender*. Fijaos, el Papa Francisco, un año y medio más o menos antes de fallecer, en un encuentro que hubo de

estudiosos de antropología, dijo que posiblemente una de las heridas más graves que vive Occidente, la más grave, dijo él, es la llegada de la ideología de género, la teoría *gender*: eso de que la sexualidad es lo que cada uno quiere que sea. Soy yo el que defino lo que quiero ser; soy yo el que decido si soy hombre, si soy mujer... Cada uno según las atracciones que tenga. Es decir, una antropología desligada de la naturaleza; una antropología en la que es el deseo el que configura la vida, no es la naturaleza. De espaldas a la ciencia, de espaldas a la naturaleza. Eso es un drama porque, además, es un drama en la medida que se introduce la enseñanza, se introduce a veces en la educación de los más pequeños, creándoles unos líos a los niños.

Porque existen heridas que tienen que ser acompañadas con cariño, con amor, con paciencia… Pero otra cosa muy distinta es convertir las heridas en derechos, reivindicar como derechos lo que son heridas. Las heridas tienen que ser conocidas, comprendidas, acompañadas, pero no reivindicadas como derechos y, además, introducidas en la enseñanza a cualquiera. Y esta también es otra gran herida: la no comprensión de la antropología, la no comprensión de cómo Dios nos ha creado. Dios nos ha creado con cuerpo y alma, nos ha creado hombre o mujer, con un proyecto de que el hombre y la mujer formen una comunión de amor. Conocer el plan de Dios, amar el plan de Dios, admirar el plan de Dios es tan importante… y no pretender rediseñar la naturaleza humana. Esta herida ideológica hace daño porque no me ayuda a aprender a amar; y por eso me atrevo a decir que en esta consagración al Corazón de Jesús le pedimos la gracia de conocer el proyecto que Dios hizo al crear el hombre, que nos hizo a su imagen y semejanza; nos hizo para el amor. Es tan importante que conozcamos al hombre, a la mujer, desde ese diseño en el que fuimos creados.

En definitiva, la gran pregunta es, ¿para qué nos vamos a consagrar al Corazón de Jesús? Y la respuesta es: para aprender amar. Yo creo que esto tiene una actualidad muy grande porque quizás es el tema por el que estamos sufriendo: no sabemos amar y esto es motivo de sufrimiento grandísimo.

Yo os invito de todo corazón a que vayamos libres. Yo recuerdo que el día que entré en la diócesis, ya son ya tres años y medio, aquel día inolvidable que el obispo se monta en el burro blanco y bueno, que es un día que en esta diócesis de Orihuela es precioso; recuerdo que aquel día yo hice tres propuestas que tienen una gran actualidad con lo que hoy en día estamos diciendo: Señor, enséñame a bailar como si nadie me estuviese mirando. Me mira Dios. Me importa un rábano como me miren los demás: yo quiero bailar como si nadie me estuviese mirando. Yo quiero amar como si nunca me hubiesen herido. Y, en tercer lugar, yo quiero entregar mi vida, yo quiero trabajar y entregar mi vida sencillamente como si no necesitase el dinero, o sea, no por un provecho propio, sino por hacer el bien a los demás.

Estas tres cosas: Baila como si nadie te estuviese mirando. Ama como si nunca te hubiesen herido y trabaja como si no necesitases el dinero, por hacer el bien, por construir el Reino, son tres indicativos de que hemos aprendido amar. Y el Corazón de Jesús es la escuela del amor divino: la escuela humana del amor divino y la escuela divina del amor humano. Y por eso necesitamos el Corazón de Jesús, consagrarnos a él, y pedirle que venga y que reine en nosotros.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.